

Para la tarde del Año Viejo

1990 quedará inscrito como el año en que terminó la "guerra fría" que, durante cuatro décadas, mantuvo al mundo en la tensión de una posible guerra atómica.

Estados Unidos y la Unión Soviética han fumado la "pipa de la paz", en términos que hasta hace muy poco parecían imposibles.

Sin embargo, he aquí que pocas veces el mundo ha estado más cerca de otra guerra que, en lapidario diagnóstico de Juan Pablo II, representaría una "aventura sin retorno".

Podrán intentarse muchos análisis políticos para abordar la invasión de Irak a Kuwait y la encrucijada en que ella ha colocado al mundo entero. Pero lo cierto es que cuando recién se atisbaba una paz internacional aparentemente segura, surge una amenaza bélica imprevista, que compromete el futuro de la humanidad.

Creo que en ello hay una lección impactante, que trasciende lo meramente político.

El hombre suele colocar sus afanes en la búsqueda de éxitos que asocia a una felicidad estable y segura. Lucha así por ganar dinero y consolidar una buena situación económica. Por satisfacer los placeres que exigen sus sentidos o sentimientos. Por alcanzar metas laborales, profesionales o políticas que le granjeen la estimación de sus semejantes.

Pero de pronto nos golpea el dolor. Se pierde alguna de esas conquistas que nos parecían seguras. O sobrevienen la enfermedad o la muerte de un ser querido.

Entonces advertimos lo precario de las "seguridades" humanas. Comprendemos que, si bien es legítimo procurar lo que el mundo llama "éxito", jamás podemos cifrar en ello la base de nuestra felicidad.

Apegarnos al dinero, a los placeres o al poder, es olvidar que ellos sólo son frágiles realidades que Dios nos da o quita según su voluntad.

Por eso, la única felicidad verdadera brota de entregarnos con fe a la Providencia Divina, aceptando

Por Jaime Guzmán, senador.



con amor sus planes y caminos, que pueden ser muy diversos a los que uno mismo ha trazado para sí.

La tarde del Año Viejo que viviremos mañana ofrece una serena perspectiva para meditarlo.

¿Cuántas personas incluso partieron de este mundo en el año que se va, sin que ni ellos ni nosotros lo imaginásemos? ¿A quiénes les tocará irse en el año que se avecina?

Reflexionar en ello no implica fatalismo ni morbosidad. Es la actitud realista del que dimensiona la vida temporal -con sus afanes, logros y fracasos- en su verdadera perspectiva efímera e incierta, rumbo a la vida plena y eterna junto a Dios.

Asumirlo no disminuye la alegría ni el entusiasmo por nuestros diarios quehaceres o anhelos. Pero los sitúa en su justa medida, conforme a una recta escala de valores.

30-XII-90